



# San Agustín o la pedagogía de la interioridad<sup>1</sup>

*M<sup>a</sup> Ángeles DORADO SOTO*

## INTRODUCCIÓN

Al querer abordar este tema, resulta necesario precisar, ya desde el principio, los términos del mismo. El título —San Agustín, o la Pedagogía de la interioridad— quiere expresar algo que es una ambición, un deseo y una sugerencia, si se quiere, pero que por las circunstancias, se ve muy recortada a una cosa más simple y limitada. La limitación, precisamente, va expresada en el subtítulo, un poco largo y menos sugestivo, pero explicativo de nuestro propósito: Reflexiones de carácter pedagógico en torno al pensamiento de San Agustín, en su libro *De Magistro*.

La figura de San Agustín se descubre, ciertamente, muy rica en diversos aspectos dignos de ser estudiados. Muy lejos, sin duda, nos llevaría el tratamiento de uno cualquiera de ellos elegido al azar. Mas nadie quiera encontrar aquí un estudio exhaustivo, ni menos una rigurosa crítica científica, no ya de la figura completa de San Agustín, pero ni aún siquiera de su pensamiento filosófico. ¿Qué pretendemos entonces?

Desde la perspectiva del estudio de la pedagogía, a ésta pueden interesar algunas afirmaciones hechas por San Agustín. Son estas afirmaciones las que delinear una corriente pedagógica interesante, tal vez no definida aún ni como tal corriente, y a descubrirla, a alumbrarla diríamos, quisiera apuntar, modestamente, esta lección inaugural que me han encomendado.

Por lo demás, cada uno podrá cotejar cuanto vamos diciendo con la pedagogía de nuestro tiempo, lo que hará, estamos seguros, sin dejarle un tanto perplejo, y un mucho admirado, al descubrir raíces tan profundas a corrientes tan modernas, como son: los métodos audiovisuales, la educación personalizadora, la educación en la libertad, por no citar sino algunas.

Desde este punto de vista, pues, y con esa finalidad concreta, tenemos que indicar otra verdadera limitación del trabajo. Se refiere a las fuentes. Poniendo por delante, y como pórtico, algo, teniendo conciencia de que es bien poco, sobre la figura extraordinaria de San Agustín, algo también de su filosofía, nos centramos en su libro *De Magistro*, como única fuente. Nos importa, sobre todo, ver, o he intentado ver, entresacando las afirmaciones que hacen referencia a ello, el valor de la experiencia humana, de lo sensible, en orden al conocimiento de las cosas;

---

1 Lección inaugural del curso 1999-2000 en el Instituto Teológico San Fulgencio de Murcia.

la función de la palabra en el proceso docente, así como la función e importancia del maestro. Como se advierte, es seleccionar algo de aquello cuyo contenido pueda decir relación con la pedagogía.

No quiero afirmar con ello que existiera en San Agustín una conciencia, una intencionalidad, formal diríamos, pedagógica, a lo que el carácter didáctico del *De Magistro* nos podría dar pie con toda razón, pues no en vano trata de enseñar el camino de la verdad a su hijo. Pero, aún prescindiendo de esa intencionalidad, entiendo que el campo es rico y que podemos encontrar afirmaciones que hacen de San Agustín el creador de una Pedagogía que hemos dado en llamar, de acuerdo con su mentalidad, de la interioridad o interiorización. Espero que este atrevimiento no sirva de agravio sino, por el contrario, de honra, pues quiere ser un título más que engrandezca y agigante la figura de San Agustín a nuestros ojos.

## 1. Significación histórica de San Agustín

Aunque resulta un poco ajeno al tema, no puedo resistir a la idea de anotar aquí, aunque sólo de paso, algo que he podido encontrar.

Parece que es una experiencia común que, aún siendo una figura conocida y admirada, solo el contacto, el estudio más intenso y profundo de su obra es lo que convence de la justicia, de la razón de las muchas y grandes alabanzas que se le tributan. Y de San Agustín se dicen muchas. No ya por haber alcanzado la popularidad debido a su singular santidad, sino por su labor intelectual, por su creación como pensador y científico.

Ahora bien, para nosotros lo más importante es su significación histórica. Esta viene dada por la coyuntura en que vive y se desenvuelve su pensamiento, la que su talento, sin duda talento de gran genio, aprovecha y le constituye en puente que diera continuidad a una historia. Él aporta al mundo nuevo cristiano el acervo valioso de una cultura que en él precisamente parece tener el último pálpito, una cultura que se desmorona irremisiblemente pero que no renunciará a dejarnos en él como en otros, el legado de muchas de sus posesiones racionales. Él injerta lo nuevo, el nuevo pensamiento, de signo cristiano, que así encuentra una estructura sólida en la que comenzar a vivir y a dar su fruto. La figura de San Agustín, dice Gamba, se halla situada en la cumbre de dos vertientes que dividen el mundo antiguo de la civilización cristiana. Su significación personal es todo un símbolo de aquella coyuntura trágica por que atravesó la historia de la humanidad<sup>2</sup>.

Aunque por motivos diversos, y al parecer con posturas irreductibles, los comentaristas, todos sin excepción, ven algo muy importante en la figura de San Agustín. Transcribo tan sólo algunos ejemplos. «*Agustín es un hombre antiguo, no medieval ni moderno, si bien siempre actual. Su vocación o misión consistió en recoger, asimilar y transmitir dos culturas: la grecorromana y la judeo-cristiana. Lo realizó tan perfectamente que se constituyó en genio de Europa (...) Marcó una nueva ruta al pensamiento. Su influjo en la espiritualidad cristiana ha sido notable*»<sup>3</sup>. Julian Marías, por el contrario, no duda en llamarlo «antiguo», pues vive en un mundo antiguo, el Imperio, y se nutre de la cultura grecorromana, pero ya moderno «*porque es cristiano y porque descubre una realidad característica al mundo moderno: la intimidad del ser*

2 GAMBRA, R., *Historia de la Filosofía*. Madrid, Rialp, 1965, p. 120.

3 CILLERUELO, L., «San Agustín», en *Gran Enciclopedia Rialp* (GER).

humano. De aquí, sigue diciendo, el puesto capital que ocupa en la historia del pensamiento occidental»<sup>4</sup>.

Imposible se nos hace, y tampoco lo creo necesario, descubrir qué es lo que San Agustín asimiló de la cultura antigua y qué aportó a la novedad del pensamiento cristiano. Algo, sin embargo, podremos decir refiriéndonos a nuestro tema en los apartados siguientes.

## 2. La filosofía cristiana de San Agustín

Entre lo poco que sobre el pensamiento de San Agustín queremos decir, ello se refiere, por necesidad de nuestro trabajo, a la filosofía de San Agustín, a su pensamiento filosófico ¿Cómo clasificarlo? ¿Dentro de qué escuela situar a San Agustín? ¿En la escuela vigente entonces? O ¿Se encuentra alguna originalidad en su pensamiento que lo haga merecedor de un sitio aparte, especial? ¿Ha iniciado un camino nuevo, con un sello original?

Antes de seguir, hagamos dos advertencias previas. Una la que se refiere a las fuentes de su pensamiento filosófico. Dice Gilson que «no hay ninguna obra en que no se encuentre alguna indicación sobre su actitud filosófica; pero, como era natural, es en las primeras donde se acerca más a una especulación filosófica»<sup>5</sup>. En efecto, en el proceso personal de San Agustín, es antes de encontrar su conversión cuando menudea las especulaciones filosóficas. Mas no exclusivamente, que bien sabemos cómo después, aunque sus miras son más altas, tampoco abandona su labor de filosofar, pudiendo afirmarse que sus grandes principios, lo que realmente constituye su originalidad, es fruto de su espíritu entregado a la búsqueda de la sabiduría, fruto por tanto de un espíritu ya profundamente cristiano. A propósito de esta diseminación de su pensamiento, dice Cilleruelo, que la distribución de sus obras es un poco convencional, ya que, con frecuencia, hay en cada libro muchos temas tratados<sup>6</sup>.

La segunda advertencia, que nos ayudará a entender el carácter de la obra agustiniana, y que muchos autores subrayan expresamente, es la de ser una especie de itinerario de su conversión, de su vida. Así, dice Gamba que «hombre de extraordinaria lealtad interior, su pensamiento coincide con su vida (...) hasta constituir en realidad una profunda historia de su conversión»<sup>7</sup>. Y, en otro lugar, afirma esto precisamente de su obra filosófica cuando dice que «el sistema filosófico de San Agustín sigue los pasos de su conversión, de la cual es como la versión teórica»<sup>8</sup>. De todos es conocido, en efecto, que primero dio su adhesión al maniqueísmo, posteriormente simpatizó con la actitud escéptica en sus tiempos de académico en Roma. Poco a poco, sin embargo, dio al traste con sus últimas posturas, convenciéndose de la falsedad de tales doctrinas e interesándose por las doctrinas platónicas, que fueron como la preparación inmediata y, al mismo tiempo, el despertar más impresionante para su encuentro con la verdad, encuentro que tendría lugar en el año 386.

Es ahora cuando cabe hacernos la pregunta de si San Agustín era en realidad platónico, al igual que Plotino y Porfirio, cuyos libros había leído, sin duda. O si era un filósofo original, al

---

4 MARIÁS, J.-LAÍN ENTRALGO, P., *Historia de la Filosofía y de la Ciencia*. Madrid, Guadarrama, 1967, p. 78.

5 GILSON, E., *La Philosophie au Moyen Âge*. París, 1943, p. 120.

6 CILLERUELO, «San Agustín».

7 GAMBRA, *Historia*, p. 120.

8 GAMBRA, *Historia*, p. 122.

menos en la plenitud de su vida. Imbuído de un pensamiento original, como original era también el pensamiento teológico cristiano de San Pablo, cuyos textos, a decir de historiadores, leía cuando su conversión. La verdad es que, recogiendo las diversas afirmaciones encontradas, se hace difícil tomar una postura, dar una contestación categórica a tales interrogantes.

Gilson hace notar que si se ha entretenido en estudiar el neoplatonismo, de Plotino y Porfirio, es porque es el suelo mismo sobre el que nació la doctrina de San Agustín<sup>9</sup>. En otro lugar afirma que «*si nos atenemos a sus ideas filosóficas, podemos decir muy bien que Agustín vivirá sobre el neoplatonismo, acumulado en el primer entusiasmo de los años 385-386; no lo acrecentará nunca; se servirá de él cada vez menos, con menos gusto según vaya envejeciendo, pero toda su técnica filosófica provendrá de él*»<sup>10</sup>. Notamos, entiendo yo la dificultad en clasificar a San Agustín como neoplatónico, si bien se afirma que su técnica es la del neoplatonismo<sup>11</sup>. No hay dificultad, sin embargo, en admitir que hay una fuerte inspiración platónica. La preexistencia de las ideas al conocimiento, el optimismo metafísico, el ejemplarismo; estas y otras influencias podrían encontrarse; pero el sentido que todo ello alcanza en San Agustín es distinto. No es una simple aceptación de escuela lo que hay en él; las estudia, las reflexiona a la luz de su pensamiento cristiano y termina por desecharlas o pulirlas o completarlas, lo que a veces supone hacerlas nuevas, prestarles una originalidad. Bien dice Cilleruelo, que leyó a los platónicos con ojos cristianos y a los cristianos con ojos platónicos; a todos asimiló e interpretó a su propio modo<sup>12</sup>.

Todo lo cual hace que San Agustín sea, en su filosofía, original porque introduce elementos nuevos, originales, y especialmente porque su postura es la del creyente y creyendo, busca entonces lo aceptable, lo válido que pueden prestar las filosofías humanas.

Al decir de un autor, San Agustín se acerca al platonismo cuando se lo permite la fe, pero no duda en apartarse cuantas veces sea necesario. A este respecto, la frase más significativa la presta Fraile, al decir rotundamente que San Agustín «*no es neoplatónico cristiano, sino un cristiano que utiliza algunos elementos neoplatónicos, en cuanto que coinciden con el cristianismo y la sirven para expresar sus creencias*»<sup>13</sup>. Este es el verdadero valor e importancia de San Agustín, el querer hacer una filosofía cristiana, y mérito suyo es haber logrado una síntesis filosófica de la verdad cristiana, que después se vería completada. Él entiende, sin embargo, que la fe puede ser explicada o expresada con categorías filosóficas e intenta hacerlo. Gamba nos dirá que San Agustín es así el autor de la primera gran síntesis filosófica del cristianismo, realizada entre la fe y la filosofía platónica dominante desde la época helenista<sup>14</sup>.

Imposible se nos hace repasar, ni siquiera someramente, el pensamiento filosófico de San Agustín. Prescindiendo además de toda otra obra filosófica, vamos a detenernos o fijarnos tan solo en el *De Magistro*, cuyo contenido, a decir del P. Martínez, no se ha visto corregido con

---

9 GILSON, *La Philosophie*, p. 118.

10 GILSON, *La Philosophie*, p. 119.

11 Cf. UGARTE DE ERCILLA, «El platonismo de San Agustín». *Revista Razón y Fe*, 95, 96 (1931) y 98 (1932).

12 CILLERUELO, «San Agustín». Cf. JOLIVET, R. *St. Augustin et le neoplatonisme chretiens*. París, 1932, p. 46.

13 FRAILE, G., *Historia de la Filosofía*. Vol.II. Madrid, B.A.C., 1960, p. 198.

14 GAMBRA, *Historia*, p. 126. Cf. IRIARTE, «San Agustín, padre de la filosofía cristiana». *Pensamiento*, 2 (1946) pp. 153-178.

posterioridad, en ninguna de sus afirmaciones<sup>15</sup>. Ramiro Flórez dice que «*es un libro del que el anciano Agustín, cuando escribe sus Retracciones, se encuentra satisfecho y nos lo presenta con estas elogiosas palabras 'En él se discute, se busca y se encuentra' (Retract. I,12). Contrasta esta actitud complaciente —sigue diciendo— con la de rigor y revisión que ha manifestado con otros libros, diciendo, por ejemplo, que son oscuros, penosos de leer, a penas si yo mismo veo de que iba. (Hablando del De Inmortalitate animae)*»<sup>16</sup>. Libro que, además, es contado con justicia entre los tratados de pedagogía<sup>17</sup>, y al que dedicaremos más atención.

### 3. De Magistro, un libro religioso-didáctico

Hemos dicho anteriormente que nuestra atención se iba a fijar solamente en el libro *De Magistro*, de San Agustín. Antes de seleccionar, sin embargo, aquellos pensamientos que pueden ser objeto de nuestro análisis, conviene que le preceda un brevísimo estudio sobre el carácter mismo del libro, orientado a situarnos convenientemente ante él. Con ello, cooperaríamos, aunque modestamente, a reparar el agravio<sup>18</sup> del que tan justamente se lamenta Gil Muñiz cuando dice que «*uno de los tratados menos conocidos de la Historia de la Pedagogía es el tratado que acerca del Maestro escribió el portento de la erudición y del talento, una de las figuras más inmensas que ha producido la civilización occidental*»<sup>19</sup>.

Dice Flórez que, en general, La Pedagogía de Agustín es una de las cenicientas del campo de las investigaciones agustinianas, tanto en lo concerniente a su fundamentación filosófica, como en lo tocante a la praxis educativa, que es lo que en toda su vida ejerció de hecho San Agustín<sup>20</sup>.

¿Cuál es el verdadero carácter del *De Magistro*? El P. Martínez mismo, entre otros, lo califica de «*precioso diálogo filosófico*»<sup>21</sup>. En efecto, en una lectura de las primeras páginas parece que nos encontramos embarcados en una serie de simples especulaciones filosóficas. Y es verdad que nos encontramos frente a un pensador, que juega, se divierte con esos malabarismos mentales. El contenido es bien fácil deducirlo con la lectura de los títulos de los diversos capítulos. La capacidad del lenguaje como vehículo de comunicación, el valor de los signos y de las realidades significadas, la preeminencia del conocimiento de las cosas sobre el conocimiento de los signos, la doctrina de la reminiscencia y, muy en particular, la doctrina de la iluminación, son unos, entre otros muchos, de los conceptos analizados en este libro. No cabe duda que aquí son tratados con suma sencillez, de forma progresiva y con un lenguaje muy concreto, profundos problemas concernientes a la filosofía. Pero lo más importante, por original, es la doctrina de la iluminación, que, al decir del P. Martínez, aquí es enseñada claramente por primera vez<sup>22</sup>.

---

15 Cf. SAN AGUSTÍN, «De Magistro» *Obras*. Tomo III, Madrid, B.A.C., 1951, p. 680 de la Introducción.

16 FLÓREZ, R., «El libro 'de magistro' en el proyecto pedagógico de San Agustín», *Educadores* 30, 1988, p. 291 y 292, nota 20.

17 Cf. GIL MUÑIZ, A., *Estudios pedagógicos modernos. III Historia de la Pedagogía*. Málaga, Lib. Denís, 1967, p. 144.

18 Extraña, pero lamentablemente, algunos autores no incluyen este libro en la lista de obras de San Agustín. Cf. GILSON, *La Philosophie*, p. 120.

19 GIL MUÑIZ, *Estudios*, p. 146.

20 Cf. FLÓREZ, «El libro», pp. 286-287.

21 SAN AGUSTÍN, *Obras*. Introducción, p. 669.

22 SAN AGUSTÍN, *Obras*. Introducción, p. 670.

Mas no podemos quedar contentos con sólo estas afirmaciones. Hay un algo especial en la concepción del libro que nos deja inquietos. Observamos que no es su intención enseñar una pura filosofía. San Agustín, por este tiempo en que escribe, año 389<sup>23</sup>, después de su conversión acaecida en el 386, tiene otras miras más elevadas, y sólo en esa perspectiva podremos interpretarlo. El sentido de su especulación es bien diverso. Todo en él está condicionado a una actitud personal de vida, íntegra, radical, la que tiene que armonizar todo su ser, de pensador, de creyente. El carácter de San Agustín es un bloque de una pieza, en el cual no caben fisuras ni divisiones, dice Fraile, quien nos ofrece unas palabras de Portalié, que, por iluminadoras y precisas transcribimos: «*No es un hombre, el cual pueda partirse en dos. No conoce más que una verdad, a la cual se entrega y abraza con toda el alma; la considera como emanación de Dios y se convierte en ley de su ser*»<sup>24</sup>.

Otras afirmaciones escogidas de aquí y de allá dan idea del nuevo sentido de la especulación agustiniana. Todas ellas hablan de la orientación única de su persona, de la unidad de su ser a partir de la fe. Todas ellas son aplicables a la obra que nos ocupa. Su ideal es la sabiduría, no la ciencia, dice Marrou<sup>25</sup>. Según Fraile<sup>26</sup>, por encima de todo busca a Dios y afirma, con toda claridad, la legitimidad de la actitud de San Agustín en la finalidad religiosa, ante todo, de su especulación<sup>27</sup>. Podríamos abundar en dichos testimonios pero, por ser conocido todo esto, y no alargar estas consideraciones, no lo hacemos.

En el orden, pues, de esta intencionalidad religiosa, creemos, está el libro *De Magistro*, precisamente. Quiere conducir a Adeodato, su hijo, hacia el supremo conocimiento de la verdad, hacia la sabiduría, hacia la verdadera bienaventuranza. La tesis fundamental, dice Gil Muñoz, del precioso opúsculo es esta: el maestro que enseña la ciencia al hombre no es otro que Dios, según lo que está escrito en el evangelio de San Mateo: «*uno solo es nuestro maestro, Cristo*»<sup>28</sup>. El P. Martínez nos recuerda que el propio santo, así, con estas palabras, resume el contenido de su libro<sup>29</sup>.

El argumento, pues, nos está declarando palmariamente la índole religioso-didáctica, el carácter pedagógico, por tanto, del *De Magistro*. No queramos encontrar simplemente en él una especulación filosófica. No cabe seguir dudando de que el libro no está pensado para filosofar, sino para llegar a declarar al creyente que la única verdad está en Dios, está en él mismo, de modo participado diríamos, que para llegar al encuentro con la verdad debe dejarse enseñar, iluminar por Cristo, el único Maestro. Mas para llegar a este punto, ha seguido todo un proceso, hay toda una lógica concatenación en la que, como agarrándose un pensamiento al anterior, como deslizándose una idea sobre otra, su mente viene a desembocar aquí.

Y es en este remanso del pensamiento agustiniano, que ocupa todo el discurso de la última parte, donde encontramos las afirmaciones más concernientes a nuestro tema, y que trataremos de exponer.

---

23 Todos los autores son acordes en señalar esta fecha.

24 FRAILE, *Historia*, p. 199, nota 17.

25 MARROU, H., *Saint Augustin et le fin de la culture antique*. París, 1938, p. 280.

26 FRAILE, *Historia*, p. 211.

27 FRAILE, *Historia*, nota 76.

28 GIL MUÑOZ, *Estudios*, p. 146.

29 SAN AGUSTÍN, *Obras*. Introducción, p. 680.

#### 4. Elementos de una pedagogía agustiniana

Recogemos, bajo este sólo título, material que sin, duda, de disponer de tiempo y espacio, podría desarrollarse por separado, con mayor extensión, y ganaría, por supuesto, en profundidad. Está en mi mente hacerlo algún día. Nos referimos, ya lo dijimos antes, a algunos puntos concretos de la doctrina de San Agustín en el *De Magistro*, que me han interesado particularmente y que guardan relación con la pedagogía y que, al mismo tiempo, tienen una expresión original, que no dudamos en proponerlos como elementos de su pedagogía peculiar, pedagogía que hemos dado en llamar de la interioridad.

##### *1º. La experiencia de lo sensible*

La experiencia humana, como experiencia de lo sensible, adquiere ya en San Agustín un valor de excepción. Sería muy conveniente tomar su doctrina desde bien arriba, pero, para nuestro intento de ahora, prescindimos de ello y tratamos de transcribir solo aquello que más nos interesa.

¿Qué es lo que ayuda al conocimiento, lo que enseña al hombre? San Agustín, después de concesiones hechas mirando a la flaqueza de su alumno, preguntándose si se puede enseñar algo sin signos, sostiene la tesis de que no sólo se puede enseñar algo sin signos, sino que no hallaremos tal vez nada que se aprenda por sus signos<sup>30</sup>.

*«Cuando alguno me muestra un signo, si ignoro lo que significa, no me puede enseñar nada; mas si lo se ¿qué es lo que aprendo por el signo? (...) Así pues, mejor se aprende el signo una vez conocida la cosa que la cosa visto el signo»* (n. 33). Y más adelante prosigue: *«porque, como ya he dicho, no es el signo el que nos hace conocer la cosa, antes bien, el conocimiento de la cosa nos enseña el valor de la palabra, es decir, la significación que entraña el signo»* (n. 34).

Si nos es dado comentar estos textos, yo diría que, en efecto, es primero la realidad misma que su signo, las cosas son anteriores a las palabras que las significan, ya que son estas denominaciones convencionales. Ante nosotros está la cosa significable, posteriormente le damos nombre con el que la significamos. Por ello, en vano aprendemos si aprendemos palabras cuando ignoramos a qué realidades se refieren éstas, si no tenemos nociones múltiples adquiridas con anterioridad de forma diversa. Mas, sigamos al santo. Sus textos anteriores no han ido acercando a una formulación impresionante, uno de los puntos más interesantes a nuestro respecto.

*«Quien me enseña algo es el que presenta a mis ojos, o a cualquier otro sentido del cuerpo, o a la inteligencia, lo que quiero conocer (...) Porque no aprendemos las palabras que conocemos, y no podemos confesar haber aprendido las que no conocemos, a no ser percibiendo su significado, que nos viene no por el hecho de oír las voces pronunciadas, sino por el conocimiento de las cosas que significan»* (n. 36).

---

30 Para evitar inútiles repeticiones, citaremos a San Agustín introduciendo el nº que lleva en la edición de la B.A.C. en el mismo texto del trabajo.

Aquí nos gustaría detenernos un poco. La fuerza, como puede verse, para el conocimiento se le concede a una experiencia sensible, sufrida por el sujeto, que le ha puesto en contacto con la realidad misma a través de sus sentidos. Conocemos, aprendemos, porque hemos visto, hemos sentido; enseña el que muestra. Sin duda que esta experiencia de lo sensible está al principio del conocimiento. Ahora bien, entendemos que esta experiencia, este contacto, no es conocimiento aún, si no queremos destruir el pensamiento agustiniano. Muy bien interpreta Fraile que la sensación es un acto vital y, por tanto, una actividad propia del alma (...); que la acción de los cuerpos sobre los órganos sensoriales es solamente una ocasión, para que el alma (...) forme inmediatamente en sí misma una imagen correspondiente del objeto exterior. Así se sirve de los sentidos como de un instrumento para realizar la función vital y cognoscitiva de la sensación<sup>31</sup>. Debemos quedarnos, por tanto, con este pensamiento, repetido constantemente por San Agustín: la palabra no me enseña sin que se me muestre la realidad, sin que yo perciba con mis sentidos lo que significa.

¿Quién no puede ver aquí, en cuanto vamos diciendo una honda orientación pedagógica? Partir de las realidades sensibles, abrir primero los ojos y los sentidos al mundo antes de pronunciar palabra alguna, si no queremos que quede vacía de significado; mostrar las cosas antes de enseñar su signo, su nombre; hacer que el hombre se enriquezca por la apertura de su ser, por el contacto con las cosas y no por el acervo de palabras que no aumentará en nada su capacidad cognoscitiva. Es el primer elemento que encontramos en esta pedagogía agustiniana: el valor incalculable de la experiencia de lo sensible. Pero que, sin embargo, no lo es todo, como veremos a continuación.

## 2°. La llamada a la interioridad

El segundo, y más importante elemento de esta pedagogía agustiniana, que pretendo esbozar, está en la llamada a la interioridad. No es lo más importante el conocimiento inferior o sensitivo, sino que, aún siendo ya una actividad del alma, cede su sitio al conocimiento racional, al conocimiento intelectual. Dice Fraile que el doble orden de realidades, sensibles e inteligibles, se refleja en el modo de conocimiento: ratio inferior (*scientia*), ratio superior (*sapientia*). Las cosas y verdades temporales se ordenan a las eternas, la ciencia a la sabiduría, y ésta a la contemplación y al amor<sup>32</sup>.

También aquí sería conveniente traer a colación la doctrina agustiniana del ejemplarismo y de la verdad interior. Sólo diremos algo.

Así interpreta Fraile. «*En la inteligencia divina están precontenidas las ideas de todas las cosas posibles, pero idénticas y consubstanciales a la misma esencia divina (...) Son la fuente del ser, el fundamento inmutable de todas las realidades mudables y contingentes del mundo sensible, y a la vez, la fuente de toda verdad e inteligibilidad de las cosas y el fundamento firme de la certeza y de la ciencia. Las cosas son inteligibles y son verdaderas en cuanto que se refieren o corresponden a las ideas ejemplares inmutables existentes en la inteligencia divina desde toda la eternidad*»<sup>33</sup>. El segundo paso es que esta verdad reside en el alma humana, creada a

31 Cf. FRAILE, *Historia*, p. 222; GILSON, *La Philosophie*, p. 121.

32 Cf. FRAILE, *Historia*, p. 208 y 221 ss. especialmente.

33 Cf. FRAILE, *Historia*, p. 216.



imagen de Dios. «*Todos los seres, pero de manera especial el alma humana, son imágenes en que Dios se refleja en cierta manera*», sigue diciendo Fraile<sup>34</sup>.

De donde, para decirlo de una vez, el hombre puede buscar la verdad dentro de sí mismo: «*Noli foras ire, in te ipsum redi; in interiore homine habitat veritas*»<sup>35</sup>. Como el hombre es imagen de Dios, en la intimidad se descubre a Dios, a la verdad, dice Julián Marías<sup>36</sup>. Y Gamba apoyará esta interpretación diciendo que la certeza primaria radica en mi propia experiencia interior<sup>37</sup>.

Estamos, con esto, tratando, sin detenernos, uno de los pilares fundamentales de la doctrina agustiniana. En efecto, San Agustín introduce un elemento excepcional en la teoría del conocimiento. Además de la ciencia, está la sabiduría que versa, explica Fraile, sobre las verdades y razones eternas, sobre las ideas inmutables y las cosas absolutas y necesarias y divinas del mundo inteligible. Su fin es la contemplación que llega hasta el conocimiento de Dios. Nos hace comprender las esencias de las cosas conforme a las verdades inmutables que son el fundamento de nuestra certeza<sup>38</sup>. Para llegar a esta sabiduría se ve obligado a poner, rechazando el innatismo, un elemento del todo original: la iluminación.

«*No basta la luz natural de la inteligencia, sino que es necesaria una intervención divina, una iluminación especial de Dios*»<sup>39</sup>.

Así interpreta Gamba la teoría de la iluminación: El alma conoce no sólo las cosas concretas, materiales, sino las ideas universales o esencia de las cosas (...) Es Dios quien alumbra en nuestro espíritu las ideas universales, dándonos así una especie de visión superior, divina, de cuanto nos rodea y se ofrece a nuestros sentidos. El entendimiento aparece aquí como un *quid divinum*, y la contemplación intelectual como la obra del Verbo, iluminando con su venida a todos los hombres, de que se nos habla en el prólogo del Evangelio de San Juan<sup>40</sup>.

Dejando aparte cuanto de esta teoría podamos decir, se suele interpretar esta iluminación como sobrenatural<sup>41</sup>. Dentro de nuestros conceptos, diríamos, no cabe tal interpretación, porque si dicha iluminación es exigida por la naturaleza humana, habría que tenerse como algo natural, como el concurso divino para el resto de las operaciones humanas. Pero no es cuestión de entrar en otros detalles. Lo que nos importa destacar en todo esto, es el llamamiento a la interioridad del hombre para encontrarse con la verdad. El hombre ha de recogerse en su interior, donde encontrará la huella de Dios, y donde podrá encontrarse con la verdad, mediante la iluminación<sup>42</sup>.

San Agustín, en efecto, dice que de cuantas cosas entendemos, no consultamos la voz que nos habla de fuera, sino a la verdad que nos preside dentro, aunque, tal vez, movidos por las

---

34 FRAILE, *Historia*, p. 219.

35 SAN AGUSTÍN, *De vera relig.*, 39,72.

36 MARIAS-LAÍN ENTRALGO, *Historia*, p. 77.

37 GAMBRA, *Historia*, p. 122.

38 Cf. FRAILE, *Historia*, p. 224.

39 Cf. FRAILE, *Historia*, p. 224.

40 GAMBRA, *Historia*, pp. 124-125.

41 Cf. explicaciones en FRAILE, *Historia*, p. 410.

42 Cf. FRAILE, *Historia*, pp. 210-211.

palabras (n. 38). Y esta verdad que es consultada y enseña, es Cristo que habita en el hombre (n. 38). Está clara esta nueva orientación emanada de la mente de San Agustín: la mente humana debe concentrarse en sí misma, dentro. A la voz interior que le comunica, le alumbró la verdad, debe consultar, porque sólo en su interior es el hombre enseñado.

### 3°. *La invitación externa de la palabra y la docencia*

A estos dos elementos hemos de añadir otro, que es una consecuencia o mejor, si queremos, complemento ¿Qué valor hemos de conceder a las palabras, al magisterio? ¿Cuál es la precisa función del maestro?

Recordemos las últimas palabras que evocábamos anteriormente. El hombre es enseñado interiormente mediante la iluminación. Dios es el sol del mundo inteligible, Cristo es el maestro interior que responde a las preguntas del alma. Expresiones, todas, por demás conocidas.

Guzzo trae una ampliación, que ya nos introduce en nuestro propósito. Lo tomamos de Gil Muñiz y, aunque un poco extensa, transcribimos, pues nos ahorra otras muchas palabras:

*«Los hombres que nos hablan desde fuera, aquellos que por costumbre son llamados maestros, no hacen más que recordarnos lo que ya sabemos o invitarnos a concentrar nuestra mente para que de por sí entienda y aprenda. Nada se nos puede comunicar, nada se nos puede dar sin nuestro esfuerzo original. Para saber algo verdaderamente tenemos que volvernos sobre nosotros mismos y consultar aquel criterio supremo de verdad que reside en nosotros, que nos ilumina y es el que verdaderamente nos enseña (...) Los maestros, y en general los hombres que nos hablan desde fuera, nada nos enseñan, solo nos advierten y nos exhortan»<sup>43</sup>.*

Este es, en efecto, el pensamiento agustiniano, expresado en diversos lugares. La palabra, hemos oído antes, nos mueve a consultar la verdad que hay dentro de nosotros, la palabra incita, la palabra invita<sup>44</sup>.

Como único texto, para no alargar más este discurso, oigamos a San Agustín a propósito de cuanto venimos diciendo:

*«No es función del maestro el que los alumnos retengan sus pensamientos, sino las disciplinas que dicen enseñar cuando hablan. Y continúa: Mas una vez que los maestros han explicado las disciplinas que profesan enseñar (...), entonces los discípulos consideran consigo mismo si han dicho cosas verdaderas, examinando según sus fuerzas aquella verdad interior. Entonces es cuando aprenden (...) Mas se engañan los hombres en llamar maestros a los que no lo son, porque la mayoría de las veces no media ningún intervalo entre el tiempo de la locución y el tiempo del conocimiento, y porque advertidos por la palabra del profesor, aprenden pronto interiormente, piensan haber sido instruidos por la palabra exterior del que enseña (n. 45). Pode-*

---

43 GIL MUÑIZ, *Estudios*, p. 146.

44 Cf. n° 36, 38, por ejemplo.

*mos, pues, también nosotros, con Adeodato, decir: Yo he aprendido con tu discurso que las palabras no hacen otras cosa que incitar al hombre a que aprenda» (n. 46).*

Queda, pues, de alguna manera explicada la función de la palabra y de la docencia. No es grande por una parte, pero tampoco es pequeña. Por eso dice Gil Muñiz que el tratado *De Magistro*, es una verdadera monografía sobre la expresión del maestro, porque, si bien esa expresión no nos enseña, reconoce San Agustín que nuestra comprensión se forma y se realiza con la incitación del maestro<sup>45</sup>.

Este tercer elemento que consideramos en la pedagogía agustiniana es de capital importancia también. Es la advertencia por medio de la palabra para que el hombre consulte consigo mismo. No le da la verdad, no le entrega la verdad el maestro, pero lo dispone, lo conduce al encuentro con la verdad ¿No es esta, en definitiva y de verdad, la misión del maestro, de la palabra? ¿La de ser pedagogo de la verdad, la de conducir hacia la verdad, que ha de encontrar personalmente el discípulo? El maestro ofrece unos datos, muestra un camino, enseña o da a conocer unos hechos, unas experiencias; La verdad de cuanto ha entregado ha de descubrirla el discípulo. De aquí la interioridad, el personalismo de la verdad. La verdad es personal, es interior.

## EPÍLOGO

Demás estaría este apartado, pues a nadie escapan ya las orientaciones de carácter pedagógico que hemos intentado entresacar en lo que llevamos dicho. Quiero, sin embargo, sistematizar algunas ideas para mejor expresar nuestra intención al escoger este tema para la lección inaugural del curso 1999-2000.

### Primero

Por una parte, se manifiesta la pobreza de la palabra para el conocimiento. Se descarta, por tanto con ello, una educación verbalista, fundamentada en la palabra y orientada al conocimiento de palabras. Se echa de ver la vaciedad, la inconsistencia de una cultura que llamaríamos de palabras, la que conduce al aprendizaje de palabras ignorando la significación, o aprendiendo la significación con nuevas palabras pero nunca con la realidad, con las cosas. Entiendo que tal educación queda muy empobrecida ya que con palabras «ni palabras aprendemos», porque no alcanzamos a conocer el significado.

### Segundo

De igual manera, queda reducida, diríamos que a su justo medio, la función del maestro. Él es en verdad el que induce, advierte a consultar la verdad. El autoritarismo docente, la soberbia del que se cree enseñar la verdad o imponerla, no invitando a ella, sino obligando la conciencia personal, recibe, a mi entender, un duro golpe, ya, en estos pensamientos de San Agustín que hemos venido comentando.

---

45 GIL MUÑIZ, *Estudios*, p. 146.

### Tercero

Por otra parte y por el contrario, la experiencia de lo sensible, el valor de mostrar las cosas a los sentidos, adquiere, en la concepción agustiniana, un papel manifiestamente relevante. Diríamos que cuando defendemos una docencia, menos verbalista, no estamos sino aplicando principios contenidos o expresados en la doctrina de San Agustín, como hemos visto.

### Cuarto

También, de igual manera, el personalismo en la enseñanza, el preparar a un encuentro personal del discípulo con la verdad, el llegar a hacer posible la satisfacción del hallazgo de la verdad, disponiendo a la búsqueda por sí mismo, todo esto ya se vislumbra en la enseñanza de San Agustín.

Para terminar, pues, no pecaremos de exagerados proponiendo, sino que queremos ser más modestos preguntándonos: ¿Acaso distan mucho estas orientaciones de constituir una verdadera pedagogía y, por cierto, bien actual? ¿Acaso los principios de una pedagogía activa, de una pedagogía personalizadora, respetuosa del crecimiento individual, de la capacidad de la persona, promotora de la búsqueda personal de la verdad, dista mucho de la concepción que se propugna en este, realmente precioso, tratado pedagógico de San Agustín?

Tengo la impresión de que no, aunque bien es verdad que tal vez este estudio haya sido incompleto, mas lo estimo suficiente para admirar la figura de San Agustín y poder decir que, realmente, sus pensamientos, tan antiguos, son muy actuales y que su verdad perdura, de muchas formas, vigente en el campo de la pedagogía de nuestro tiempo.

## BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes

*De Magistro*, en *Obras de SAN AGUSTÍN* (1951): Tomo III. Madrid, B.A.C.

### Obras de carácter general

FRAILE, G. (1960): *Historia de la Filosofía*. Vol. II. Madrid, B.A.C.

GAMBRA, R. (1965): *Historia de la Filosofía*. Madrid, Rialp.

GIL MUÑIZ, A. (1967): *Estudios pedagógicos modernos. III: Historia de la Pedagogía*. Málaga. Librería Denis.

GILSON, E. *La Philosophie au Moyen Âge*. Trad. Española en Madrid, Gredos.

MARÍAS, J.-LAÍN ENTRALGO, P. (1967): *Historia de la Filosofía y de la Ciencia*. Madrid, Guadarrama.

### Obras de carácter específico

AA. VV. (1994): *Valores agustinianos. Pensando en la educación*. Madrid, Federación Agustiniana Española.

- FLÓREZ, R. (1987): «Versión antropológica de la conversión y su proyección educativa»: *Agustinus* 32.
- GALENDE, F. (1986): *San Agustín, educador del hombre*. Santiago de Chile, Ed. Agustinianas.
- GALINDO, J.A. (1995): «Líneas básicas de la pedagogía en San Agustín»: *Revista Agustiniana* 36.
- HOWIE, G. (1969): *Educational Theory and Practice in St. Augustine*. Londres.
- JOLIVET, R. (1932): *Saint Augustín et le neoplatonisme chretiens*. París.
- MARROU, H.I. (1938): *Saint Augustín et la fin de la culture antique*. París.
- MERINO, M. (dir.), (1988): *Verbo de Dios y Palabras humanas. En el XVI centenario de la Conversión cristiana de San Agustín*. Pamplona, Ed. Universidad de Navarra.

### **Obras sobre «De Magistro»**

- FLÓREZ, R. (1988): «El libro 'De Magistro' en el proyecto pedagógico de San Agustín». *Educadores* 30, pp. 285-307.
- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (1986): «La conversión de San Agustín como fundamento de su Diálogo 'De Magistro'», *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* 13, pp. 123-151.
- (1992): «Uno solo es vuestro maestro, Cristo. El diálogo 'De Magistro' de San Agustín», *Communio. Revista católica Internacional* 14, pp. 251-258.
- LOMBARDI, A. (1971): «Funzione del maestro humano e del maestro interiore nel 'De Magistro' di S. Agostino», *Atti della Settimana Agostiniana Pavese*, 2: *S. Agostino educatore*. Pavía, pp. 57-74.
- SANABRIA, J.R. (1990): «Introducción a S. Agustín, 'Del Maestro'»: *Cuadernos de Filosofía* 13, pp. 11-25.